

NOVELA POPULAR
CINEMATOGRAFICA



Año III

Número 132

25 cts.

Protagonista
Virginia Vally

La caseta de señales

Con este número se regala el retrato y biografía de Jacques Lecoq

Novela Popular
Cinematográfica

THE SIGNAL TOWER
1924

La caseta de señales

Argumento de la película así titulada. Extraordinaria obra cinematográfica, de la famosa marca "Joy Universal".
Exclusiva de "Hispano American Film", Valencia, 233

PROTAGONISTA:
VIRGINIA VALLY



PUBLICACIONES MUNDIAL
BARBARÁ, 15 — BARCELONA — APARTADO 925

PRIMERA PARTE

La caseta de señales es el cerebro que presta al poder ciego de esos monstruos de hierro que son los trenes la inteligencia que les falta. Cada caseta de señales está bajo la responsabilidad de un funcionario: el guardaagujas, cuyo deber es, según Kipling, recibir el golpe y amortiguar el choque; cuidar de los engranajes y de que las agujas cierren. Cuando este funcionario se descuida, sobreviene la catástrofe. Casi nunca se descuidan, esa es la verdad. Alguna preocupación muy honda ha de dominarlos para que se olviden de su deber, del que dependen muchas vidas humanas.

La caseta de señales de Novo, aislada del resto del mundo, es de una importancia extraordinaria, por estar enclavada al pie de un peligroso declive. En toda la línea férrea a la que esta caseta de señales pertenece, no hay ninguna otra de más importancia. De aquí que siempre fueran enviados allí funcionarios en los que se tuviera absoluta confianza.

En la época en que ocurrieron los sucesos que aquí se van a relatar, los dos guardaagujas que allí había cumplían su deber con plena conciencia de lo que éste significaba.

Uno de ellos, David Taitor hacía las guardias desde media noche hasta las doce del día siguiente. Le

relevaba, durante las horas restantes, un viejo a quien todos llamaban el tío Billy, que era el guarda-agujas más antiguo de la compañía. David y Billy se llevaban igual que si fuesen padre e hijo. Bien es verdad que ambos eran honrados, trabajadores, fieles cumplidores de su misión. El viejo Billy vivía con David, que estaba casado con una bellísima mujer, protagonista de esta narración, y que tenía un chico encantador. Billy no era para ellos un extraño, sino una persona más de la familia, por todos querido y respetado.

Hacia unos días que Billy había tenido una agria disputa con un empleado de mayor graduación, y todos temían que aquello tuviera consecuencias desagradables.

Todas las mañanas solían ir a la caseta, para volver juntos a la casa cuando David terminaba su trabajo, la esposa de éste y el hijo, a quienes acompañaba, muchas veces, el propio Billy.

El día que comienza esta historia, ocurrió así. Y apenas llegaron a la caseta, David, que estaba preocupado, dijo al viejo:

—¿Yo usted, Billy, cómo se han cumplido mis vaticinios? Ya ha llegado la orden de su cesantía. El jefe me lo ha dicho hace poco. En estos cargos hay que ser muy comedidos.

—Ya sabes que yo soy comedido, David. La prueba es el tiempo que llevo en la compañía. Pero también soy incapaz de sufrir un atropello.

En esto llegó el propio jefe, que dijo al viejo:

—Mucho me duele que usted se vaya, amigo Billy, pero no es ninguna injusticia. Usted se lo ha buscado.

—No hablemos de eso de la justicia. Es un asunto muy delicado —repuso Billy—. ¿Cualquiera sabe dónde sea posible encontrar ni una sombra de ella?

Y deseoso de no hablar más de aquel asunto, sa-

ló de la caseta, para jugar con el hijo de David, que estaba fuera, junto a su madre. Esta, llamada Sally, al dejar a su hijo en compañía del viejo, y por lo tanto seguro, entró a ver a su esposo, el cual le participó la noticia de la cesantía de Billy, que la hizo ponerse triste.

Sally era una joven alegre y hermosa, que había sabido familiarizarse, sin gran esfuerzo, con aquella soledad, que al poco tiempo, debido al cariño de su esposo y a las atenciones de Billy, hasta llegó a encontrar agradable.

La noticia de que el viejo había de marcharse, la puso, realmente, muy triste. Sabía a buscarle y, en tono de amenaza, le dijo:

—¿Pero qué es lo que ha hecho usted para que ocurra esto tan desagradable de que le despidan?

—Nada de particular, Sally. Puedes creerlo.

—¿Y ahora nos vendrá que abandonar! Merced a usted que se le castigase como a un niño...

—¡Ten compasión, Sally! —repuso Billy en tono de broma gozosa.—¿No me castigues! ¿No ves que llevo una criatura en los brazos?

Hacia referencia al propio hijo de Sally, que lo llevaba, en efecto, en los brazos. Sally, naturalmente, no pudo por menos que sonreír, pero, sin embargo, pronto volvió a ponerse triste, pensando que el hijo Billy tendría que abandonarlos. Luego, cogiendo a su hijo, le dijo:

—¿Tú sabes lo que les pasa a los niños grandes, como el tío Billy, cuando son traviesos?

Como el chico no dijera nada, Sally, con una gracia femenina indescriptible, comenzó a hacerle un relato pintoresco de lo que había acaecido a Billy por ser travieso. Y Billy, complacido, escuchaba el relato, poniéndole de vez en vez alguna apostilla, pero sin dejar de sonreír.

También él, a decir verdad, estaba triste, muy tris-

te, pero procuraba disimularlo. Su tristeza era honda y estreñecida; al pensar que se había de alejar de aquella cariñosa familia que había sido para él más que familia propia, por las atenciones, por los cuidados, por el cariño firme y seguro que le tenían.

Pensando en esto, mientras Sally hablaba con su hijo, dejó de sonreír. Ella lo advirtió. Para que no se asomaran las lágrimas a sus ojos, se alejó rápidamente, y entró otra vez en la caseta. Entonces se acordó de una noticia que tenía que darle a su esposo, y de la que se había olvidado preocupada con el asunto de Billy. Se acercó, pues, a su marido y le dijo:

—¿A ver si adivinas, David, quién ha venido?

—¿Quién?

Gertie, mi prima, que viene a pasar unos días en el campo.

—Bienvenida sea. En cuanto termine mi trabajo, correré a saludarla.

SEGUNDA PARTE

Al día siguiente, a las doce, cuando Billy relevó a David y éste se encaminaba a su casa, iba pensativo y ensimismado, como si acabara de ocurrirle una desgracia. Al llegar a su hogar, muy cercano a la caseta, abrazó a su hijo, que salió a recibirle, y dijo a su esposa, que también salió a su encuentro:

—Tengo que darte una noticia desagradable. Mañana llega el individuo que viene a ocupar el puesto de Billy.

—¡Pobre Billy!—comentó ella.—A sus años tener que marchar de nuestro lado, cuando ya se había acostumbrado a considerarnos y a que le consideráramos como de nuestra familia.

—Es verdad. ¡Pobre Billy! En cuanto al individuo que viene a sustituirle...

—¿Le conoces?

—No. Y tampoco tengo ninguna referencia de él. Pero cuando la compañía le manda aquí, debe ser buena persona.

—¿Y piensas traerlo a vivir a nuestra casa, a la misma habitación que hasta ahora ha ocupado el viejo Billy?

—Sí. No tenemos más remedio.

—Pues yo preferiría que no viniese. ¡Cuánto mejor estaríamos nosotros solos!

—También me gustaría a mí que viviésemos solos. Pero tú sabes cómo estamos con la compañía de maderos de Anderson, y sabes también que el alquiler de esa habitación nos ayuda a liquidar la cuenta que tenemos con dicha compañía.

—Es verdad. No obstante, me gustaría hacer cualquier otro sacrificio y no el de meter en casa a un desconocido.

—No hay ninguna otra cosa que nos sea posible hacer, va lo sabes. Lo que a nosotros nos conviene es pagar cuanto antes la madera con que hicimos la casa, para que ésta sea nuestra y no tener entonces, nunca más, que tener a nadie. Entretanto, no nos queda otra solución que pasar por esa molestia...

Al día siguiente llegó, en efecto, el individuo que habla de substituir a Billy, que era un hombre presumioso y que se creía elegante y otro sin fin de cosas de esa índole.

Billy fué a despedirse de Sally, sin disimular ya su tristeza. Sin embargo, ante ella, se mantuvo sereno y dijo, con voz llena de matices de agradecimiento:

—Nunca olvidaré, Sally, las atenciones y cuidados que has tenido conmigo. Gracias a ellos, me siento fuerte y ágil para todo, y no temo al porvenir. Estoy seguro de hallar en la ciudad trabajo, y de realizarlo como un joven.

—Usted, tío Billy—le contestó Sally,—ha sido un padre para nosotros, y le tenemos muy gustosos en nuestra casa. Ya lo sabe usted. Ya sabe también que nosotros le debemos, por otras cosas, igual agradecimiento.

Después de esto, ya no hablaron más. La despedida fué silenciosa, pero conmovida.

Entretanto, David hablaba con el recién llegado, que se llamaba José Standish, al cual preguntó:

—¿Ha encontrado usted ya hospedaje, amigo Standish?

—No. Tendré que vivir en algún hotel del pueblo. ¿Qué voy a hacer si no? Si hubiera alguna casa por aquí cerca donde hospedarme...

—Si quiere usted vivir en la mía, ocupará la misma habitación que ocupaba el viejo Billy, al que usted ha venido a substituir.



—No me disgustaría, siempre y cuando que no sean ustedes muchos de familia.

—Somos mi esposa, mi hijo y yo nada más. Ahora tenemos de visita, a pasar unos días, a una prima de mi esposa, pero se irá pronto. A usted le conviene venir a vivir allí, para evitarse un paseo diario de varias millas que hay desde el pueblo a la caseta.

Habiendo llegado, para despedirse de David, el viejo Billy, David le dejó en la caseta ocupando su

puesto para llevar al recién llegado a su casa. Al llegar y mostrarle David la casa y la habitación para el destinado, dijo:

—La casa no me disgusta. Pero la habitación que yo he de ocupar la encuentro muy triste y muy fría...

—Se equivoca usted: es muy confortable.

—A mí me parecen lúgubres, eso es lo cierto y, sobre todo en invierno, deben helarse aquí hasta los muebles. Sin embargo, probaré a vivir aquí. Nada se pierde con probar. ¿Si el pueblo no estuviese tan lejos...?

José se estableció, después de todos esos reparos, en la habitación. Como entonces David era el más antiguo empleado de la caseta, cambió su horas de trabajo. José empezó a hacer las que él hacía antes, y él las que hacía Billy. Por las mañanas, José se dedicaba a dar paseos por los alrededores, en los que muchas veces le acompañaba el hijo de David, que a los pocos días ya era muy amigo de él. El lo había procurado esto con gran cuidado y constancia.

Para Gertie, la prima de Sally, la llegada de José fué una halagadora esperanza de amor, a pesar de que en la ciudad tenía un novio. Pero se olvidó de él, deslumbrada por las apariencias de José. Por esto, la visita de unos días tuvo una prolongación indefinida, y nunca más volvió a hablar de que tuviera que marcharse. Sally, adivinando lo que pasaba, dijo una noche a su esposo:

—A mí prima Gertie la trae loca Standish. Y es bestia. ¿Tan adelantada como estaba en sus relaciones con su novio, un joven muy formal y muy trabajador!

Es que José no es ningún mal partido para Gertie... Yo lo tengo por un hombre muy sensato.

—Así parece, pero... ¿qué quieres que te diga? A mí me gustaba más el tío Billy. José, que no quiso

irse a vivir al pueblo por no andar varias millas al día, resulta que casi todos los días va, sin duda, a malgastar su dinero quién sabe cómo.

—No sé por qué sois las mujeres tan desconfiadas. A José le gusta divertirse, pero es un hombre honrado.

—Yo, David, vacilaría en decir de él esa última palabra.

TERCERA PARTE

Pocos días después, en las horas que José trabajaba, cuando ya David hubo descansado, estando al lado de su hijo, que jugaba con un tren, oyó que éste le decía:

—¡Mira, papá! Se me ha partido el tren.

—¿Cómo vas a ser un buen ferroviario, pequeño, si rompes los trenes?

—Los rompo ahora porque soy pequeño. Luego...

—Luego, hijo mío, mientras estés de servicio... no has de pensar más que en tu máquina y en las señales de la vía, para evitar choques y descarrilamientos. Tu única divisa ha de ser salvar el tren...

De este modo, David, que siempre pensaba en su deber, hablaba con su hijo. Hasta en las horas de recreo y de descanso, su imaginación estaba en su trabajo.

Llegaron las doce y partió para relevar a su compañero. José llegó a poco, y se retiró a descansar. Al anoecer, ya estaba levantado. Sally habló de que acaso no le dejarán dormir, aunque ella procuraba que no se hiciese ruido a gusto. Hizo, como para saber algo de las intenciones de aquel hombre, una vaga alusión a Gertie, y José, rápido, aprovechó aquella ocasión para insinuar sus verdaderos pensamientos.

—Puede usted estar tranquila sobre ese particular, Sally—dijo.—No es Gertie quien me quita el sueño. Se lo aseguro. Otras, muy distintas, son mis preocupaciones...

A Sally la llevaron de confusión estas palabras, que no acabó de comprender. José, cegado por su exceso de vanidad, creyó que la alusión de Sally tenía un significado especial y no tuvo la menor duda de que se había hecho interesante a los ojos de la esposa de su compañero. Esta creencia se hizo firme en su mente durante las doce horas que hubo de trabajar después, y al regresar, al día siguiente, ya se había formado un plan, del que esperaba excelentes resultados. No lo pudo poner en práctica, al llegar, y se retiró a su habitación. Pero cuando llegó la noche y se levantó, procuró quedarse a solas con Sally y dio comienzo a su plan, con veladas galanterías, que la hermosa mujer no tomó en serio, pero las cuales le revelaron lo que había en el fondo del alma mezquina de aquel hombre. Si le hubiera hecho una declaración formal, ya habría sabido ella dar oportuna y contundente respuesta. Como todo lo que dijo fue vago, no se atrevió a responder con violencia. Pero, cuando José se hubo marchado, para relevar a David, quedó inquieta y preocupada, pensando en qué debía ser lo que ella habría de hacer en lo sucesivo. Cuando David llegó, aunque aun no dormía, no le dijo nada. Pero a la mañana siguiente, David advirtió que a su esposa le ocurría algo extraño. Tan seria y preocupada la vió, que, acercándose a ella, le dijo con voz cariñosa:

—¿Qué te ocurre? ¿Todavía sigues tan preocupada con José y Gertie?

—Sí. Me parece que Standish está animado de mala fe. Me creó que lleva malas intenciones.

—No seas así, mujer. ¿Qué culpa tiene José de que Gertie sea una niña boba? ¿Que se espabile!

—Me duele oírte hablar así, David. Eso que dices no es una solución. Yo entiendo que lo más acertado sería enviar a Gertie a su casa, para evitar un mal mayor.

—Mándala si quieres, y si te parece que debes hacerla. Sin embargo, permíteme que te diga que tu desconfianza en José es excesiva. No quiero decir yo que sea una persona sin tacha, puesto que no le conozco, pero su comportamiento hasta ahora no puede ser más caballeresco.

—Quizá lo sea porque no ha tenido ocasión para lo contrario. Insisto en que no me parece una buena persona.

—La verdad es que no te entiendo, Sally. Un hombre que es cariñoso con los niños no revela maldad. Y bien sabes tú, Sally, que José está muy encariñado con Sunny, nuestro hijo. Todo se le hace poco para él. Siempre está a su lado, jugando en su compañía como si fuese otro niño. Un hombre que hace eso, no puede ser malo, créeme.

—Quizá lo haga para disimular sus intenciones.

—Voy a creer que eres muy mal pensada, Sally, y me dolería creer esto de ti.

—No soy mal pensada, David; lo que ocurre es que tú eres demasiado bueno y crees que todo el mundo es igual. Por esto no ves nunca el peligro. Yo sí lo veo...

—¿Qué quieres decir?

Sally, temiendo ir demasiado lejos, y alarmar a su esposo, sin tener para ello todavía causas reales, desvió su pensamiento hacia otro particular del que hasta entonces, veladamente, se había referido, y dijo:

—¿A que todavía no te ha pagado el alquiler de la habitación?

—Es verdad, no me lo ha pagado.

—Pues bien; ya lleva aquí más de un mes.

—No se habrá acordado de tal cosa.

—Cuando veas que pasa tiempo y sigue sin acordarse, cambiarás de criterio respecto a él.

—¿Pero crees que seguirá sin acordarse?

—Estoy segura de ello.

—Pues yo tengo la seguridad de que pagará.

—Claro que pagará, si se lo recuerdas. Pero si no, ni siquiera te hablará de eso.

—Por si acaso, esta misma noche se lo recordaré.

CUARTA PARTE

Contra el reglamento de la compañía, el expreso se detuvo al día siguiente en Noyo, por expresa voluntad del maquinista, gran amigo de David, que, viendo a este con su hijo, paseando por la estación, quiso darse el gusto de abrazarles, exponiéndose a una reprensión si sus jefes se enteraban de que había parado el tren en donde no debía.

Bajando de la máquina, corrió hacia su amigo y el niño, exclamando:

—Aquí traigo un regalo para mi compañero Sonny, el futuro maquinista.

Y cerrando las dos manos, añadió, dirigiéndose al niño:

—Adivina en qué mano lo tengo.

Sonny se puso a jugar, gozosamente, con el buen amigo de su padre, a quien quería mucho, y del que era muy querido. El maquinista, luego de haber acariciado al muchacho, dijo a David:

—Me he enterado de que te han traído aquí de guardaagujas, para compañero tuyo, a un verdadero y perfecto Tenorio.

—¿Sí?

—Ciertamente. Standish tiene esa fama. Por si acaso es verdad, anda con cuidado.

—Pues lo que es aquí, se va a llevar chasco, por-

que Gertie se va hoy mismo, en el tren de la tarde.

—¿Pero está aquí Gertie, la prima de Sally?

—Sí; vino a pasar unos días. Pero Sally ha dispuesto que se marche hoy, precisamente, porque no quiere que enturbie relaciones con Standish, del que no se fia.



—Veo que Sally sigue siendo tan inteligente como siempre. Sándala en mi nombre y también a su prima. Me habría gustado verlas. Pero no puede ser. He de marcharme. Adiós.

Y subió al tren y lo puso en marcha. Pronto el monstruo de hierro desapareció en la lejanía.

Eran cerca de las doce y David se encaminó a la caseta para relevar a su compañero. Enviaría a su hijo a la casa, con José, supuesto que éste iba allí.

Cuando ya Standish se iba a marchar, se acordó

de lo de la habitación y, dándole mil vueltas al asunto, se lo dijo. José, con una perfecta serenidad, repuso algo en tono de disculpa. Aquellas palabras animaron a David, que dijo entonces:

—Perdone, amigo Standish, que haya dado este paso. Ya supongo que habéis sido un olvido involuntario por su parte, pero como me hace mucha falta ese dinero para poder pagar a la compañía maderera que me facilitó el material para hacer la casa... yo le agradecería...

—Ni una palabra más, amigo David. Si, en efecto, lo había olvidado. Esa es la verdad. Le traeré el dinero esta noche, cuando venga a relevarle.

Dicho esto, se marchó con el niño, que iba muy contento con él, pues que ciertamente le daba muchas muestras de cariño. Cuando llegó a la casa se retiró a descansar. Se levantó ya bien entrada la noche, y supo entonces, por boca de Sally, que Gertie se había marchado por la tarde. Sally tenía a su hijo en brazos; el niño empezaba a dormirse, pues ya era la hora que tenía por costumbre estar en la cuna. Con la conversación, aunque ésta fuera un tanto indiferente, Sally retrasó el acostar a su hijo, y éste se quedó dormido en sus brazos. José lo vigilaba, pensando quién sabe qué plan. Dijo, por lo pronto, calmadamente:

—Yo ignoro a qué obedece la determinación de Gertie. No creo haberle hecho daño alguno.

—A mí tampoco me ha dicho el por qué de su precipitada marcha. Sin duda tendrá sus motivos.

—En efecto, debía tenerlos. Pero no creo ser yo el causante de ellos.

—Nada podemos saber de eso, por el momento.

—A decir verdad, no puedo ser la causa de que se haya ido, porque no tenía ningún interés en que se quedara...

Viendo Sally que la conversación se desviaba ha-

cía el punto que ella no quería de ningún modo, se puso en pie, con su hijo en brazos, y dijo:

—Se ha dormido Sonny y voy a llevarlo a la cama. Usted me perdonará.

José, astuto, se acercó a ella y exclamó:

—Permítame que lo lleve yo, ¿No ve usted que pesa como el plomo?

Y haciendo el gesto necesario para coger al niño, antes de que Sally pudiera decir que no era preciso, abrazó a la madre, que era su propósito.

Sally, indefensa, pues que los dos brazos los tenía ocupados en sostener a su hijo, no pudo rechazar aquel abrazo. Lo rechazó, sí, con un gesto de suprema altivez y con una mirada despectiva. Pero José, que, como casi todas las personas potulantes, no sabía interpretar estas cosas grandes, se creyó que el abrazo había sido bien recibido y que la conquista de Sally era ya cosa hecha. Para no malograr la buena impresión que se creía haber causado con aquel abrazo, mientras Sally fué a acostar a su hijo, él se marchó, pues ya era la hora en que tenía que ir a relevar a David. Cuando Sally volvió, ya no estaba. No pudo, pues, decirle lo que venía al caso; de este modo no fué posible que se deshiciera la creencia que José se había formado.

A poco, llegó David, ya relevado, y dijo a su esposa:

—¿Tú ves como no me equivoqué? José me ha pagado el alquiler hasta el día de hoy.

—Sin embargo, insisto en que José no es una buena persona.

QUINTA PARTE

Hubo una larga pausa, por parte de ambos, personas. Le puso fin David, preguntando:

—¿Por qué no es José, a tu juicio, una buena persona?

—Me duele tener que decirte, David, pero veo que no hay otro remedio. Yo esperaba que tú lo advirtieses para aborrazar yo la violencia que supone tener que explicar asunto tan delicado. He procurado, antes de llegar a esto, con mi desconfianza de ese hombre, que intrigado tú mismo advirtieras lo que sucede. En vano han sido todas mis palabras. Hoy, como el primer día, me preguntas por qué me parece que José no es una buena persona. No supongo en ti desatención para mis veladas advertencias, pero sí eres culpable, en cierto modo, de no haber hecho el menor caso de ellas y de seguir creyendo que ese tipo merecía tu confianza.

A medida que Sally había ido hablando, David se había ido dando cuenta de que detrás de aquellas palabras había algo que él ni siquiera había sospechado. Impaciente y reprochándose a sí mismo su tranquilidad anterior, dijo a su esposa:

—Dilo todo, Sally. Compréndelo que tienes algo grave que decir y casi lo adivino. Sin embargo, dílo.

—Lo diré, sí, David, tanto porque me lo pides,

cuanto porque al punto que han llegado las cosas ya no puedo guardar silencio.

Habla.

—José a quién galantea es a mí. He rechazado siempre sus galanterías con altivez, pero está tan poseído de su supuesta importancia, que no ha hecho el menor caso de mis repulsióes. Esta noche su atrevimiento ha tenido una nueva fase imprevista. No quiero que ese hombre vuelva más a casa. Gertrudis no le ha interesado nunca a José, pero como ella estaba enamorada de él, temí que se vengara de mis repulsióes abusando de ella; pues que es cínico y esto le importaría poco. Por esto hice que mi prima se fuera. Por otra parte, esperaba que al irse ella tú te percataras de la realidad sin que yo me viese obligada a hablar. Me he visto forzada a ello por lo ocurrido esta noche.

—La verdad es que he estado ciego. Bien: José no volverá más aquí. Perdóname, Sally, que no prestaré la debida atención a tus desconfianzas.

Después de esto, se retiraron a descansar. David, naturalmente, no pudo dormir en toda la noche. Al amanecer del día siguiente se levantó y se fué hacia la caseta. Al verle tan temprano, José, sonriendo, y en tono amistoso, le dijo:

—¿Va usted de viaje, David?

—No. Quien de ahora en adelante vagará todos los días será usted.

—¿Yo?

—Sí, usted. Váyase, desde hoy, a vivir al pueblo... y no vuelva a poner los pies en mi casa.

José asintió, en silencio, a estas palabras y, como estaba en la creencia de que Sally le quería, supuso que todo aquello era un ardor de ella para que su marido no sospechara nada. Que tal es la tontería de la mayor parte de los conquistadores.

Cuando llegó el mediodía, hora en que David

debía ir a relevar a José, se había levantado un viento tormentoso que llevó al corazón de Sally el extraño presentimiento de un peligro inminente. Y tan firme se hizo en su mente esta idea, que dijo a su esposo:

—Estoy asustada, David. ¿Qué sería de mí si ese hombre viniese esta noche aquí?

—No creo que se atreva a dar este paso. Él sabe muy bien que su osadía le costaría perder el empleo.

—Me parece que José es un hombre a quien importa poco perder el trabajo. ¿Acaso crees que todos los hombres tienen una idea del deber como la que tienes tú?

—Tienes razón, Sally. No todos los hombres piensan como yo respecto a este particular. Mira: para tu tranquilidad me llevaré a Sonny y con él te mandaré el revólver que tengo en la caseta. Naturalmente, te lo mandaré descargado, pues que el objeto es que te sirva nada más que para asustar a José si tanto fuera su cinismo que se atreviese a venir a molestarte. Creo que si esto sucediera, en cuanto viese el revólver en tus manos se marcharía.

—Ojalá que así sea, pero desconfío. Me parece que José no tiene miedo a nada ni a nadie. No quiero decir con esto que sea valiente. Esto no lo sé. Pero es un hombre sin escrúpulos, y en este sentido no tiene miedo ni al escudado.

—Quizá exageres, Sally.

—No. He tenido ocasión de observarle bien, al contrario que tú, que sólo le has visto y hablado en los momentos en que lo has entregado o te ha entregado el trabajo. Temo estar ya en lo cierto, al pensar lo que pienso de él. Cree que es un hombre irresistible y nada le hará creer que se equivoca. Sin duda, supone que no me es indiferente. Y es probable que si cree esto, no tome en serio el hecho de que yo tenga un revólver en las manos. Sin em-

bargo, haré uso de él, con el objeto de que se asuste, como tú dices. Si esto no diera resultado, a pesar de que estoy asustada, me defenderé, por cualquier otro medio. En este respecto, puedes irte tranquilo. No me dejaré vencer por José. De mí mismo sacaré fuerzas para oponerme a sus propósitos, si es que viene, que casi estoy segura que vendrá.

SEXTA PARTE

Preocupadísimo por cuanto le había dicho su esposa, partió David hacia la caseta. Nunca como aquel día había sentido tan grandes deseos de no ir a cumplir su deber. También él llegó a inquietarse por lo que era probable que sucediese por la noche, y habría dado cualquier cosa por encontrar quien le relevara de su obligación por unos días, los suficientes por lo menos para que José se diera cuenta de que se había engrandado respecto a Sally.

Como nada de esto le era sucedero, se dirigió a la caseta de más gana por primera vez en su vida. Ni su hijo, que le acompañaba para llevar a Sally el revólver, a la vuelta, lograba distraerle, y eso que no cesaba de dirigirle la palabra haciéndole un montón de preguntas pintorescas y de observaciones divertidas, como es propio de la ingenuidad infantil.

Al llegar a la caseta, David ni siquiera saludó a su compañero. José ni siquiera le dió importancia a este hecho. Lo cierto era que esto le tenía sin cuidado.

El niño, inocente de lo que sucedía, corrió al lado de José, para jugar con él, como era su costumbre. David lo llamó, con un tono autoritario desasustador, que estrafó grandemente a la criatura.

Como, por la sorpresa, vacilara en obedecer, le

llamó de nuevo, no ya sólo autoritariamente, sino con un mal humor visible. Sonny, asustado de aquello, para él imprevisto, fue al lado de su padre, en silencio. Sonriendo de lo que veía, dijo José:

—¿Por qué priva usted al niño de estar conmigo,



cundo tanto me quiere, y cuando tanto, él lo sabe bien, le quiero yo?

—Si mi hijo supiera quién es usted, quizás no le quisiese tanto—repuso secamente David.

Entonces José, molesto por aquellas palabras, y deseoso de herir a su compañero, se apresuró a despedirse, diciendo desde la puerta:

—Pues sepa usted que no es Sonny, de su casa, el único que me quiere.

—¿Miente usted!—gritó David.

Pero José ya había salido y no oyó estas palabras.

David quiso seguirle para hacerla rectificar aquellas palabras, que era claro que se referían a Sally, pero era la hora en que tenía que pasar un tren y el deber le amarró allí con sus cadenas invisibles.

A poco, tranquilizado ya un tanto, descargó el revólver y se lo entregó a su hijo diciéndole:

—Mira, ahora te vas a casa y entregas a la mamá este objeto.

—Bueno, papá.

Pasó otro tren. El chico se entretenía jugando con diversas cosas y sin abandonar el revólver.

Cuando David estuvo libre de nuevo, acompañó a su hijo a la puerta de la caseta, le besó en señal de despedida y le dijo:

—No te entretengas en el camino, ¿oyes?

—Sí, papá, no me entretendré. Iré seguido a casa, donde ya la mamá me esperará.

David pasó una tarde de intranquilidad como no había pasado otra en toda su vida. Esperaba ansioso que llegara la media noche para dejar el trabajo y volver a su hogar y saber si había ocurrido algo. Era cierto que José habíase ido al pueblo aquel día, pero, ¿no era probable que al llegar la noche abandonara el pueblo y se dirigiera a su casa, sabiendo que Sally estaba sola? Se confesaba que era probable que sucediera esto, toda vez que ya Sally le había dicho que José creía que no le era indiferente a ella, lo cual él había tenido ocasión de comprobar por las palabras que José hubo de decir referentes a que no era sólo su hijo quien le quería. Jamás hombre alguno pasó unas horas tan amargas, de duda, de preocupación, de inquietud. Sólo tenía el consuelo, grande en verdad, de confiar en su mujer, de estar seguro de que ella no le faltaría por nada del mundo.

Para aumentar el desasosiego de David, en cuanto llegó la noche se desencadenó un violento temporal

de agua y de viento, que le inspiró grandes temores, pues que si en verdad José eran tan falto de escrúpulos como Sally le había dicho, la noche le era propicia para realizar cualquier fechoría. Empezó a dar vueltas por la caseta, poco menos que fuera de sí, sintiendo fuertes impulsos de salir corriendo hacia su casa, abandonándolo todo, para evitar el inminente atropello de José. Pero precisamente aquella noche hacía más falta que nunca en la caseta, pues dado el temporal, el peligro que corrían los trenes, de no estar él allí, era evidente. Pensó que iba a volverse loco. Hasta tal punto llegó su desesperación, que a cada instante se asomaba a la parte de la caseta que daba en dirección hacia donde estaba su hogar, por si oía algún grito pidiendo socorro. Una vez creyó percibir que se le hacían señales con una luz para que fuera. Y se dispuso a abandonar el trabajo. Pero en aquel momento llamaron al telegrafo. Acudió presuroso.

—Telegrafo al jefe de esa estación—vió que le decían—que los frenos no obedecan y que necesitamos otra máquina para subir la pendiente. Todo esto se ha de hacer pronto, porque se acerca la hora del expreso y podría ocurrir una catástrofe.

Se olvidó por un momento de sus preocupaciones para transmitir lo que se le decía, toda vez que se trataba de un peligro cierto y no ya supuesto como el que antes le inquietaba.

SEPTIMA PARTE

Tuvo que estar largo rato dando y recibiendo noticias, referentes a lo que sucedía, y que tenían el propósito que el expés no encontrara ningún obs-



táculo, y esto apaciguó más y más su otra inquietud. Pero en un momento de descanso se dio cuenta de que ya era la hora en que José debía estar allí para relevarle. Al pensarse de que su compañero no había llegado, revivieron de nuevo, y con más fuerza,

todas sus preocupaciones referentes a lo que en casa podía suceder. Impaciente, nervioso, inquieto, se preguntó: «¿Dónde estará Standish? ¿Por qué no habrá venido a la hora del relevo? ¿Estará en mi casa como Sally temía? ¿Será capaz de haber ido?»

Se abrió la puerta en aquel instante y entró José. David respiró. Nada había pasado. Preguntó, sin embargo a su compañero:

—¿Cómo ha venido usted tan tarde?

—Ya comprenderá que con la noche que hace no se puede ser puntual—contestó José, observando a David.

Este refirió a su compañero de trabajo lo que sucedía referente al expés, para que supiera a qué atenerse cuando el telégrafo le diera noticias de lo que estaba haciendo, una vez que él se fuera. José, oyendo aquel relato del peligro que el tren corría, se formó, sin tardanza, un plan: el de abandonar la caseta, toda vez que David en aquellos momentos no la abandonaría por nada del mundo, e ir, seguro de ser bien recibido, a ver a Sally. Así, no se movió del sitio en que se había puesto cuando entró.

Como en aquel instante llamaron al telégrafo, David dijo a José, que no se movía:

—¿No oye usted que llaman al telégrafo?

—Sí, lo oigo perfectamente, pero no me hago cuenta de trabajar esta noche. Me voy ahora mismo.

—¿Y a dónde va usted?

—Eso, a usted no le importa.

—¿Y si yo me fuera también, supuestamente que ahora a quien le corresponde estar aquí es a usted?

—Puede usted hacer lo que quiera. Yo, ya lo sabe, no me quedaré. Lo que pueda ocurrir al tren, no me importa. Si a usted no le importa tampoco, puede usted marcharse también. Nadie se lo impide.

—Se marcha usted y dice usted esas palabras,

porque sabe que yo sólo cumpliré con mi deber, aun en los momentos en que no me corresponde.

—Claro, hombre, que lo hago por eso!—repuso José con una sonrisa burlona a tiempo que abandonaba la caseta.

«Va a mi casa», pensó David, y se dispuso a seguirle.

Pero en aquel momento oyó que el telégrafo empezaba a funcionar de nuevo con un tic tac apresurado, que denotaba impaciencia. Le decían:

—Brewster, el maquinista del tren que no ha podido subir la pendiente, no ha conseguido descarrilar coches sueltos. Con la máquina que se le ha enviado, ha puesto ya el tren en marcha. Pero no tiene tiempo de llegar a la estación antes que el expreso. Cuando pase por la caseta, haga usted que se desvíe y salve el expreso a todo trance.

David se dispuso a llevar a cabo lo que se le ordenaba, no obstante el dolor que sentía en su corazón de no poder seguir a Standish, que sin duda alguna se había dirigido a su casa, donde quizá Sally, sorprendida, no acertaría a defenderse.

En esto, como ya todo lo tuviera preparado, tuvo unos instantes de descanso. Se asomó, como ya había hecho varias veces, a la parte de la caseta que daba en dirección a su hogar. Oyó, en esto, un disparo, que vibró en su cabeza como la señal de algo terrible. Loco, abandonó la caseta de señales y, corriendo a campo traviesa, partió hacia su casa.

Entretanto, los pasajeros del expreso, ignorando el inminente peligro que les amenazaba, comentaban, cada cual con sus compañeros de viaje, la horrorosa tormenta que presenciaban.

David llegó a su casa como enajenado. En el suelo, yacía José, muerto; frente a él, con el revólver en la mano, sin explicarse lo sucedido, y horrorizada, estaba Sally, en pie. En un rincón, el niño, en

ropas menores, que se había levantado al oír el disparo.

—¿Qué ha sucedido?—preguntó atropelladamente David.

—Llegó José, con aire de triunfador. Yo le dije que no se acercara a mí. Se sonrió, como seguro de su victoria. Le volví a repetir, no sólo que no se acercara, sino que saliera inmediatamente de esta casa. Sonrió de nuevo, sin tomar en serio lo que le decía. Entonces saqué el revólver, con un gesto decidido, creyendo que esto le haría desistir de su propósito. Se abalanzó a mí, para abrazarme. Como si el revólver estuviese cargado, disparé. Oí el ruido de un tiro y vi que José caía al suelo. Tú me habías dicho que me mandarías el revólver descargado. No me explicaba lo sucedido.

—Y efectivamente lo descargué para enviártelo. Estoy seguro de habérselo entregado a Sonny vacío.

El niño, saliendo de su rincón, dijo:

Papá: como un revólver vacío es la carabina de Ambrosio, yo le metí un cartucho que cogí de tu mesa, en la caseta, mientras tú telegrafías. ¿No lo hice bien, papaito?

—Quizás sí. ¿Quién sabe lo que hubiera ocurrido si no lo hubieses hecho!

David, Sally y su hijo se confundieron en un abrazo, como si acabaran de salvarse de la muerte.

Luego David, vuelto en sí, volvió a la caseta abandonada. No llegó a tiempo para evitar la catástrofe, aunque sí con el suficiente para que en ella no pereciera nadie.

Del drama horroroso, sólo resultó una víctima, José, que él mismo se buscó tan trágico final.

FIN

SI ES USTED AFICIONADO A LAS BUENAS
LECTURAS, COMPRE SIEMPRE

La Novela Femenina

que se publica los días 10, 20 y 30 de cada mes

En las páginas de LA NOVELA FEMENINA encontrará narraciones sentimentales, amorosas, trágicas y de misterio, debidas todas ellas a la pluma de ilustres escritoras.

La Novela Femenina

está únicamente escrita y dibujada por mujeres, pero esto no quiere decir que sean sólo mujeres las que puedan y deban leerla. El interés y emoción de sus novelas, cuidadosamente seleccionadas para el público, hacen que su lectura agrade lo mismo a las mujeres que a los hombres.

En LA NOVELA FEMENINA colaboran las más ilustres escritoras españolas y extranjeras, tales como Víctor Catalá, Blanca de los Ríos, la Condesa de Pardo Bazán, Concha Espina, Sofía Casanova, Carmen de Burgos «Colombine», Guy Chantepleure, Florencia L. Barclay, Henry Greville, Selma Lagerlöf, Magda Donato y otras no menos conocidas.

La Novela Femenina

se vende en los kioscos de periódicos, en las bibliotecas de las estaciones y en las librerías al precio de

25 CENTIMOS

Si no la encuentra en la localidad donde reside, pídala, enviando su importe en sellos, a **Publicaciones Mundial**. Apartado 925, **Barcelona**.